

Tres por cabeza.

No era momento de acobardarse. Mucho menos de soltar bravuconadas. Si había algo cierto era que su inferioridad resultaba manifiesta y las palabras no servirían para reconducir la situación. Los dos españoles sabían que no habría mejor discurso que respirar hondo y lanzarse a destripar a esa media docena de protestantes franceses que les cercaban. La sangre correría sin remedio en cuanto las hojas de sus espadas roperas cortaran el aire en busca de los cuerpos de sus atacantes. Pero no iba a ser sencillo. De hecho, sonaba a imposible. Estaban en minoría. Tocaban a tres por cabeza.

Tábano y Pedro Saldaña se dieron la espalda para acometer con más garantías su defensa y comenzaron a girar sobre sí mismos dispuestos a repeler el ataque. Cada uno tenía enfrente a tres hombres blandiendo sus armas en actitud hostil. Los músculos permanecían tensos, duros; los ojos, vivos, vigilantes.

Mientras esperaba una furiosa carga contra ellos, Tábano pensaba que le hubiera gustado morir luchando en una gran batalla y no en una escaramuza en aquella aldea del sur de Francia, tan lejos de su Castilla natal. En un parpadeo recordó que llevaba lejos de su hogar demasiado tiempo, casi media vida, y eso que tan solo contaba veintidós años. Pronto se cumplirían diez desde que se escapó de su pueblo junto a otros muchachos mayores que él para unirse a una de las compañías del Tercio de Milán. En ella fue aceptado como mochilero por-

que era muy joven para luchar como soldado. No tardó en presenciar su primera batalla, una celebrada victoria de los españoles sobre el ejército francés en la ciudad de San Quintín aquel lejano 10 de agosto de 1557. En ese tercio sirvió varios años más, siempre en la retaguardia llevando pertrechos, consiguiendo comida, limpiando armas y rellenando los *apóstoles* con pólvora para que los arcabuceros continuaran siendo los más letales de la guerra.

—Vuestro camino ha llegado a su final.

La bravata la había escupido uno de los seis atacantes en un mísero castellano.

—Moriréis del mismo modo horrible en el que vosotros, los católicos, asesinaís todos los días a muchos de nuestros compatriotas —dijo otro.

—¿Compatriotas? ¡Ja! Protestantes calvinistas, hugonotes al fin y al cabo. Matar a un hereje no es ningún crimen, sino dar cumplida cuenta de los designios de Nuestro Señor —objetó Pedro Saldaña con media sonrisa nerviosa—. Deberíais envainar vuestras armas y dejarnos marchar —les aconsejó a la vez que apretaba su espalda contra la de Tábano.

—No permitiremos que escapéis para dar aviso a vuestras tropas de lo ocurrido en Nimes —advirtió iracundo un tercero. Hacía dos días que una multitud de hugonotes se habían amotinado en aquella ciudad francesa y habían ajusticiado en los jardines del palacio episcopal a un centenar de personas entre notables, religiosos y militares—. Vuestro fanatismo católico termina aquí. Añadiremos dos cadáveres más a los que ya reposan en el pozo del difunto *monseñor* —les amenazó con afilada ironía.

A Tábano no le asustaba sentir los latidos del corazón en sus oídos. Se había acostumbrado a ello. Ni siquiera los estallidos de los arcabuces lograban atenuarlos cuando las tropas entraban en batalla.

Los seis franceses les habían abordado en la plaza de Bernis, una pequeña aldea a la salida de Nimes. Su aspecto de extranjeros había provocado que los atacantes echaran mano a la

empuñadura de sus espadas en cuanto les escucharon hablar en castellano. Tábano se había visto antes en otras situaciones parecidas, ya fuera entre rugidos de soldados enemigos o maldiciones de borrachos de taberna. Era muy joven, pero tenía el alma curtida y su corpulencia bastaba para enfrentarse a cualquier amenaza con garantías de superarla. En cualquier caso, nunca se había encontrado en tan franca desventaja.

Echó un rápido vistazo a su alrededor. Los pocos aldeanos que había en la plaza no daban crédito a lo que estaba ocurriendo en su apacible pueblecito esa tarde de otoño. Seis de sus paisanos venidos desde Nimes habían acorralado a dos españoles y pretendían darles muerte de la misma forma en que los católicos procedían desde hacía tiempo contra los hugonotes con los que se topaban en la región. De hecho, ser sospechoso de simpatizar con las ideas de Calvino era suficiente excusa para que un católico procediera a humillarlo, apalizarlo y hasta quitarle la vida. No solo se trataba de imponer sus creencias. ¡Era todo un acto de venganza!

El círculo formado por los franceses se iba estrechando en torno a los dos españoles, que no dejaban de agitar sus espadas para mantener la distancia.

—Nos abrimos paso y, a partir de ahí, sálvese quien pueda —murmuró Pedro Saldaña, que resultaba tan diestro como el rodlero a la hora de batirse con el enemigo.

Tábano sabía de la mucha habilidad del hidalgo con la espada porque jamás había rehuido un combate, pero era tal el empeño de aquel hombre en alcanzar un título dentro de la nobleza española que a menudo le podía la impaciencia sin importarle los riesgos que asumía. Eso le había supuesto al soldado tener que defenderle a costa de su propio pellejo, aunque en alguna ocasión no hubiese podido evitar que sufriera algunas heridas. Él no solo era más joven, más alto y más fuerte que Pedro Saldaña, sino que además solía hacer uso de la prudencia, aunque no por ello le faltaran arrestos para plantarle cara al peligro.

—Buscaremos ventaja, pero no tratéis de huir —le avisó

Tábano—. Estos locos son capaces de abriros un tajo en la espalda. Encontrad una pared que os cubra —masculló.

Adoptaron una posición de combate y, tras un brevísimo intercambio de miradas, los dos dieron a un tiempo un paso al frente, luego otro atrás y dos nuevamente adelante. Aquel ballet fue acompañado de ataques de espada con movimientos rápidos y precisos, y Tábano abatió a su primer francés antes de que este agitara su arma para defenderse.

*Demasiado torpe*, pensó. No había sido rival para él. De hecho, pocos podían serlo dada su destreza con el acero. Aquella facilidad para deshacerse de un enemigo comenzaba a ser habitual. No obstante, era consciente de que no podía confiarse. Había visto morir a demasiados hombres considerados héroes.

Algo similar le había ocurrido a Pedro Saldaña. Tras herir de muerte a uno de sus atacantes, de inmediato se había enfrentado a los otros dos sin buscar una tapia como le había aconsejado su escolta. Al primero le hizo retroceder y, en tanto recuperaba la posición, la emprendió contra el otro para obligarle a caminar hacia atrás. Una vez consiguió que se trastabillara, le dejó como recuerdo un profundo corte en el antebrazo.

Para entonces, Tábano había traspasado de lado a lado el estómago de otro de sus contrincantes. El último lanzó dos estocadas al aire y huyó a la carrera. Viéndose libre de amenazas, el joven se acercó a Pedro Saldaña, quien aún luchaba con su tercer enemigo mientras el segundo también emprendía la retirada taponándose la herida con la mano.

Sin cruzar palabra, se unió a la pelea y, en tres precisos golpes, clavó su acero en la garganta del francés.

—No voy a aplaudirte —se quejó Pedro Saldaña viendo cómo el cuerpo sin vida se desmadejaba sobre la tierra de la plaza—. Solicité al capitán tu compañía durante el viaje de regreso a mi hogar para que me protegieras, no para que hicieras méritos por mí. La próxima vez...

—Mi obligación es procurar que no haya una próxima vez. No quiero que os vuelvan a herir en combate —le interrumpió Tábano devolviendo su espada a la vaina de cuero.

No había terminado de hacerlo cuando un estallido resonó en los edificios de la plaza. El bolazo de plomo silbó junto a su cabeza y fue a estrellarse contra uno de los sillares de la vieja iglesia. Cuando se giró para ver el lugar de donde provenía el disparo, observó cómo el hugonote que había huido sin hacerle frente lanzaba un arcabucillo al suelo y sacaba otro que llevaba sujeto al calzón. Tábano sabía que si se daba prisa y saltaba sobre él, no le daría tiempo a realizar un segundo disparo. Así que se acercó dando grandes zancadas mientras desenfundaba de nuevo su espada. Sin embargo, pronto advirtió que había cometido un error de cálculo y era demasiado tarde para enmendarlo. El francés había logrado preparar su arma aunque, al apretar el gatillo, nada sucedió. No tardó más que un instante en dejarla caer y levantar las manos en señal de rendición.

—La suerte no está de tu lado esta mañana —le dijo Tábano justo antes de atravesar su corazón con un solo movimiento certero—. No hay perdón para traidores ni para cobardes —sentenció mientras extraía la hoja de su pecho.

—Tampoco para los herejes —completó Pedro Saldaña.

Los dos vieron cómo el hombre caía de rodillas y se desplomaba en el suelo.

—No hay tiempo que perder. Salgamos de aquí antes de que se corra la voz —remató Tábano robándole los dos arcabucillos al francés.

Casi un mes emplearon en llegar desde Bernis hasta Guijosa, un pueblecito próximo a la ciudad castellana de Sigüenza. La aparición inesperada de Pedro Saldaña fue motivo de júbilo para los dos centenares de vecinos que lo habitaban, pero sobre todo para su esposa Inés. La noticia del regreso de su marido la sorprendió en el pequeño castillo que su familia poseía a la entrada de la población. En cuanto supo de su llegada, la joven abandonó a la carrera la residencia paterna para reunirse con él.

Don Gregorio Atance, padre de Inés y, a la sazón, suegro de Pedro Saldaña, ostentaba la baronía de Riosalido, distinción que le fue concedida a su bisabuelo por Enrique IV de Castilla hacía casi un siglo, decían que allá por 1474. El viejo noble mantenía su distinguida posición cultivando contactos con otras familias de alta alcurnia, tanto en la cercana Sigüenza como en ciudades más lejanas como Guadalajara o Torrelaguna. Sus tejemanejes le proporcionaban un aura de persona influyente y le henchían de una vanidad desmedida que, de puro exagerada, era percibida como desprecio por sus vecinos. Haber transformado el antiguo y austero castillo familiar en una residencia con aires palaciegos no hacía sino engordar aquella actitud de suficiencia que era tragada con grandes dosis de sumisión por los habitantes del pueblo.

La tarde en que Pedro Saldaña regresó a Guijosa hubo una gran celebración de bienvenida, pero no se realizó en la forta-

leza, sino en la casa solariega de la familia Saldaña. Inés se desvivió por conseguir las mejores viandas de la comarca para agasajar a su marido. También se ocupó de acomodar a Tában en una de las habitaciones que daban al patio principal y que no le faltara de nada.

No fue hasta el día siguiente cuando, acompañado de su mujer y de Tában, Pedro Saldaña fue a presentar sus respetos a don Gregorio Atance. Una sirvienta los condujo hasta el gran salón de la fortaleza donde las llamas crepitaban en dos chimeneas gemelas. Allí el soldado conoció al barón y a su hijo Francisco Atance, el único hermano de Inés. A Tában apenas le llevó un minuto advertir que, si bien la fama de hombre pomposo que recaía sobre el noble era notoria a juzgar por lo que estaba presenciando en aquella recepción, la actitud arrogante de Francisco superaba con creces la de su padre. Aun así, Pedro Saldaña aguantó con paciencia los desvaríos de grandeza de uno y otro para, a continuación, enseñarles con orgullo la misiva del capitán del Tercio de Lombardía en la que se reconocían su mérito y su valor en campaña.

—Y como podréis leer, si tenéis a bien tomar esta carta, finalmente se ha propuesto a la Corona que sea nombrado señor de Guijosa.

—Es una magnífica noticia —concedió desdeñoso don Gregorio sin mostrar interés alguno en querer coger el escrito. Apenas mediada la cincuentena, se trataba de un hombre de cuerpo ancho al que el buen comer y el poco ejercicio habían redondeado allá por donde se le mirara. Tanto le abundaban las carnes que las mejillas le temblaban cuando hablaba.

El de Guijosa no se amilanó ante la parquedad de su suegro.

—Por ello, también he solicitado ser admitido en la Orden de Santiago.

—Ya lo hiciste una vez y te fue denegado. No sé por qué ahora tendría que considerarse una respuesta distinta —le recordó al punto Francisco, que había cumplido los veintitrés. De cabellos negros y barba cuidada, lucía buenas ropas y ani-

llos en sus dedos. Al contrario que a su padre, no se le apreciaban grasas por ninguna parte.

Pedro Saldaña soportó con aplomo la insolencia.

—Te recuerdo que voy a ser nombrado señor de Guijosa por Su Majestad. Quizá mi hidalguía no fuera hasta hoy de suficiente valía para la Orden. Pero, a partir de ahora, mis méritos de guerra y un señorío serán un respaldo a la hora de considerar mi solicitud.

Aquella recepción en el castillo de los Atance reveló a Tábano muchos aspectos que marcaban la vida cotidiana en la pequeña población. El primero fue el bajo aprecio que el barón de Riosalido y su hijo Francisco sentían por Pedro Saldaña. El segundo era la manera tan notoria —y ciertamente orgullosa— en la que Inés mostraba un inmenso y profundo amor por su marido. Desde que había aparecido en Guijosa, la mujer no se había separado de él ni un instante. Tampoco se la había visto avalar, ni siquiera con un gesto, las ofensas y las amenazas veladas que padre e hijo arrojaban sobre él. Como esposa modelo, se limitaba a ser discreta y guardar silencio. Con todo, a Tábano le resultó llamativo que suegro y yerno no se entendieran en absoluto cuando lo acostumbrado era que, tras acordarlo entre ambos, el padre le hubiese concedido la mano de su hija sin tan siquiera consultarlo con ella. Esa relación debía de encerrar algún extraño motivo para que, a todas luces, reflejara el mundo al revés. Fuera como fuese, no era asunto suyo.

Lo que no tenía misterio alguno era el encanto de Inés Atance. Algo mayor que Tábano, poseía una belleza casi insultante para cualquiera que tuviera la fortuna de disfrutar de su presencia. No había en toda la comarca una mujer que reuniera para sí tantos y tan buenos atributos de hermosura: rostro agraciado de rasgos suaves, piel fina y adornada con alguna peca traviesa, ojos de color miel que mantenían una mirada limpia y cálida, y cabellos del color de la paja mojada. Pero lo que más atraía a Tábano de Inés era su manera de hablar, su voz, su entonación ligeramente cantarina y melosa a un tiem-

po, como si sus dulces palabras acunaran los oídos de quien las escuchaba.

Durante aquellos días de otoño de 1567, Tábano ocupó gran parte de su tiempo en acompañar a Pedro Saldaña. Cuando salía a la calle, el hidalgo se pavoneaba delante de sus vecinos relatando sus aventuras en Flandes, alardes que eran recibidos con asombro aunque, al igual que ocurría con el barón de Riosalido, no produjeran demasiada admiración. Lo que percibía el joven escolta era cierto hartazgo ante los desvaríos de uno y otro. Guijosa era un corral demasiado pequeño para dos gallos con tantas ínfulas de poder. Tomar partido por uno suponía quedar proscrito para el otro. Por lo tanto, cuando el barón o el futuro señor salían de su madriguera, la mayoría se limitaba a hacer muecas de sorpresa y de respeto para ocultar su aburrimiento e indiferencia.

La vida monótona en el pueblo solo se rompía cuando Pedro Saldaña ensillaba su caballo para trasladarse, junto a su esposa y a Tábano, a lugares cercanos como Atienza, Molina de Aragón o Jadraque, pero sobre todo a Sigüenza. Allí era recibido por alguna de las muchas personalidades que residían en la ciudad. Mientras el futuro señor de Guijosa se esmeraba en incrementar sus opciones de llegar a ser caballero —y de ese modo conseguir el equilibrio entre su familia y la de Atance—, su hombre de confianza disfrutaba haciendo compañía a la joven Inés. Así que no era extraño verlos pasear por las calles en animada conversación hasta que Pedro Saldaña daba por terminada la visita y regresaba exultante junto a ellos convencido de que ingresaría en la Orden. Tanto era así que, en uno de sus arrebatos de euforia, encargó a un herrero seguntino que forjara un enrejado para el balcón principal de su casa y situara una cruz de Santiago en el mismo centro.

Sin embargo, a Pedro Saldaña no le dio tiempo a verlo terminado. El edicto que Felipe II había promulgado a comienzos de ese mismo año para el control de los moriscos en Granada estaba provocando grandes disturbios en aquel reino. La nueva ley les prohibía practicar cualquier rito o ceremonia de culto,

hablar su lengua e incluso utilizar sus vestidos. Como era de suponer, los afectados no acataron las limitaciones impuestas desde Madrid y las refriegas comenzaron a sucederse con frecuencia. No tardaron en llegar noticias que anunciaban que una compañía del Tercio de Lombardía había abandonado Milán y se desplazaba con urgencia a las Alpujarras con el fin de apoyar a las tropas allí destacadas. Pedro Saldaña vio en ello una magnífica oportunidad para continuar engrosando sus méritos. Junto a Támano, emprendió viaje hacia el sur y, una vez allí, ambos fueron admitidos como rodeleros en la compañía que acababa de asentarse.

La situación en la región era alarmante. Desde hacía muchos meses, los moriscos se dedicaban a asesinar cristianos al tiempo que destruían sus templos. Por su parte, las tropas reales se habían limitado a realizar incursiones en las poblaciones rebeldes para practicar algún castigo ejemplar pero poco eficiente y, sobre todo, apresar a mujeres y niños para venderlos luego en los mercados de esclavos. La avaricia de los cristianos, mezclada con cierta desidia, provocaba una situación de toma y daca que, en verdad, solo perjudicaba a la Corona.

Tras dos años intentando apagar los rescoldos de aquella rebelión, la llegada a Granada de don Juan de Austria en enero de 1570 impuso el orden entre las huestes cristianas. El hermano del rey trajo consigo un verdadero ejército compuesto en su mayoría por veteranos que, lentamente pero sin descanso, fue asegurando la paz en la región. En pocos meses logró el control de cada camino, monte y pueblo. A medida que se iban recuperando territorios, la Corona decidió expulsar a los moriscos a tierras de Castilla.

La disciplina, la entrega y la dedicación de Pedro Saldaña en esas misiones fueron tan encomiables que no tardó en brotar entre los militares su fama de hombre honorable. En paralelo, la figura de Támano se alzó tras la de su señor revelándose como excelente consejero, ingenioso estratega en la lucha contra

los moriscos y, sobre todo, un guerrero valiente y un maestro con el acero. Sin embargo, había algo que el soldado ocultaba al hombre a quien servía. Por las noches, cuando se acostaba, el rostro dulce de Inés aparecía en su mente iluminando la oscuridad e impidiéndole conciliar el sueño.

Cuando el ambiente belicoso languideció en las Alpujarras, Juan de Austria mandó llamar al señor de Guijosa y a su escolta. El hermano de Felipe II los recibió mientras visitaba las obras del palacio que su padre había ordenado levantar junto a la Alhambra hacía casi medio siglo.

—Mis obligaciones aquí han finalizado —les anunció—. El rey me ha ordenado bajarle los humos al turco temiendo que, si no se le hace frente con prontitud, termine por invadir toda Europa. No va a ser empresa fácil. Para ello voy a contar con una magnífica flota a la que se unirán el Tercio Viejo de Nápoles y el Tercio Viejo de Sicilia. Pronto partiré hacia el Mediterráneo y, sin duda, me vendrían bien hombres como vosotros.

Si Pedro Saldaña no le hubiese sujetado por el brazo, Tába no habría dado un paso al frente sin dudarlo. Su ímpetu era de difícil doma cuando se le ofrecía luchar para mayor gloria del Imperio. Contaba ya veinticinco años.

—Nada nos agradaría más —mintió el señor de Guijosa—, pero debemos regresar a Flandes e integrarnos en alguna de las compañías del Tercio de Lombardía. Como a buen seguro seréis conocedor, yo desempeñaba allí labores de aprovisionamiento hasta que fui herido en combate y me vi obligado a regresar a Guijosa para recuperarme. Ahora debo volver para continuar con mi labor, por Dios y por nuestro rey.

Don Juan torció el gesto, contrariado.

—Os honra vuestra dedicación y vuestro celo, pero os ruego toméis en consideración mi demanda antes de partir hacia allá —respondió esperando que su mero deseo fuera suficiente para anular sus reticencias.

Sin embargo, Pedro Saldaña no tenía intención de arriesgar su pellejo más veces de las necesarias. Consideraba que haber contribuido a pacificar las Alpujarras bastaba como remate

para culminar sus aspiraciones. Deseaba volver a Guijosa y partir desde su casona hacia Flandes. Allí se mantendría a salvo en la retaguardia realizando aquellos trabajos que tan bien ejercía como seguidor de víveres, pertrechos y armamento para las tropas. Tenía decidido quedarse hasta que le llegara la noticia de su admisión en la Orden de Santiago.

Aquella fue la razón por la que no se demoraron demasiado en abandonar Granada y tomar el camino de regreso a Castilla.

—Me has resultado de gran ayuda, amigo mío. Ahora más que nunca te quiero junto a mí —le dijo el de Guijosa a Tábano a los pocos días de iniciar el viaje—. Y como muestra de mi agradecimiento y confianza, haremos un alto en el camino para visitar a Alonso de Sahagún, uno de los mejores espaderos de Toledo y del que me han hablado maravillas.

Fue en aquella ciudad donde Pedro Saldaña hizo entrega a Tábano de una espada ropera de excelente forja, hoja recta de doble filo labrada en su base, empuñadura con pomo esférico, guarnecida de gavalanes y rematada por dos pequeñas cazoletas. Una verdadera obra de arte que no tenía nada que envidiar a la daga de vela que adquirió a la par y cuyo guardamano tenía grabados los mismos adornos y filigranas que la espada.

—Tu servicio en Granada ha sido sobresaliente —le dijo cuando le entregó las armas—. Sin tu ayuda y la seguridad que siento al saberme protegido, mi nombre jamás habría llegado a oídos de don Juan.

—No hago más que cumplir con la obligación que me habéis encomendado.

—Lo sé, y con tu actitud y tu valor demuestras que, más que cubrirme las espaldas, eres un buen amigo. Jamás pones en tela de juicio mis órdenes por muy desafortunadas que, a buen seguro, alguna vez te hayan parecido.

—Provenís de familia hidalga, ahora sois señor y pronto caballero. Yo no dejo de ser un simple soldado. Vuestros conocimientos son más amplios y profundos que los míos —concluyó Tábano—. Me debo a vos.

De vuelta en Guijosa, los cacareos que Pedro Saldaña exhibía delante de su suegro y su cuñado se repitieron cuando cantaba las cruciales labores que había desempeñado durante tres años en las Alpujarras. Al noble también le interesaba verse con algunas personalidades de la región y comentar los avatares de la pacificación del Reino de Granada, así como su breve entrevista con don Juan de Austria. Mientras el señor se esmeraba en divulgar sus logros, Tábano se ocupaba de dar conversación a Inés. Era aquella una obligación gratificante y a la vez dolorosa: tantas veces recordada durante las noches granadinas, ahora la imponente presencia de la dama se filtraba a través de su piel hasta calarle muy adentro. Cuando advirtió que no conseguía dejar de pensar en todo momento en la esposa de quien le pagaba para protegerle, decidió apremiar a Pedro Saldaña para partir hacia Flandes. Atrás quedaría la tentación de la carne, pero, sobre todo, el aroma de un amor que estaba naciendo en su corazón y que en ningún caso podría ser correspondido. Además, se sentía incapaz de traicionar a su señor arrebatándole la esposa, menos aún cuando ella no perdía oportunidad de mostrar la pasión que profesaba a su marido. De hecho, tan solo imaginarse junto a la joven le resultaba del todo inverosímil pues sabía que no era digno de ella. Inés jamás se fijaría en un hombre embrutecido por tantos años de desarraigo y siempre a merced de un destino impredecible y caprichoso. Así era en verdad. Él no dejaba de ser un simple mochilero que se había convertido en soldado, alguien que había matado sin piedad y sin remordimientos. Hasta que la había conocido, lo único que sabía de las mujeres era lo que le enseñaban las lavanderas que seguían a las compañías de los tercios, mujeres de todas las edades que no solo lavaban la ropa a los soldados, sino que también les hacían olvidar sus penas con palabras y caricias pagadas con unos pocos maravedíes.

En un principio, Pedro Saldaña no entendió muy bien la urgencia de su escolta por ir a Flandes. Pero poco después,

cuando recibió la noticia de una segunda negativa a su ingreso en la Orden de Santiago, fue él mismo a quien le urgió salir de allí antes de que los Atance hicieran una comedia de su fracaso. De todos modos, su reacción llegaba tarde. El barón de Riosalido ya era conocedor de aquella succulenta información y no tardó en dejarse caer por la casona con la excusa de hacerle una visita a Inés y así regodearse en la desgracia de su yerno de manera perversa, casi cruel.

El alma del señor de Guijosa comenzó a hervir aquella tarde y así continuó durante el año siguiente. El largo viaje hasta Flandes no sirvió para atenuar la vergüenza sufrida ni la ira que crecía en su interior. Tampoco el transcurrir de los días tan alejado de Castilla hizo que olvidara la humillación a la que los Atance le habían sometido. Tábano le animaba asegurándole que las circunstancias que se vivían en las batallas que asolaban aquellas tierras eran las más adecuadas para que su obsesión se desligara de sus infortunios.

—No digo que sigáis mi consejo, pero aquí se viven tiempos tan salvajes que resultan muy oportunos para perder la fe, e incluso la cordura.

Y es que Flandes se estaba convirtiendo poco a poco en la cepa de una infección incurable. Los levantamientos populares se multiplicaban aquí y allá como las pústulas de la peste. En contra de lo que Felipe II tenía ya planeado, el duque de Alba había tenido que prolongar su gobierno en el territorio para apaciguar los ímpetus de aquellos que, comandados por Guillermo de Orange, ansiaban la independencia de España. Sus tropas no cesaban de hostigar a los destacamentos españoles y de conquistar poblaciones que, posteriormente y no sin esfuerzo, eran recuperadas. La entrada en combate, que para cualquier soldado formaba parte de un empleo digno y peligroso, para Pedro Saldaña comenzó a significar una purga de sus recuerdos y sus frustraciones. El señor de Guijosa argumentaba que se debía a su rey y a su Dios. Sin embargo, lo que en realidad necesitaba era demostrar al barón de Riosalido que podía alcanzar iguales méritos, ¡¡incluso la gloria!! Tan rabioso estaba que,

en no pocas ocasiones, tomó la iniciativa y se adentró en territorios hostiles en busca de huestes rebeldes. Tábano admiraba la valentía y la determinación de su señor para frenar y aniquilar a sus enemigos participando en cuantas acciones bélicas se le presentaran. El escolta jamás le dejó solo por muy enajenado que se mostrara. Siempre le acompañó y, en algún momento, tuvo que cubrirle las espaldas olvidándose él de guerrear.

A medida que las batallas se sucedían y se reconquistaban territorios, los espías del duque de Alba descubrieron que los rebeldes bajo las órdenes del de Orange eran ayudados de manera clandestina por Gaspar de Coligny, noble francés y destacado dirigente hugonote. Aquel hereje protestante proporcionaba armas y dinero a los de Orange con la intención de forzar al rey francés Carlos IX a que rompiera sus vínculos de simpatía con España. De esa manera, Flandes quedaría un poco más aislada y eso beneficiaría tanto a los orangistas como a los hugonotes.

Nadie supo con certeza cómo Pedro Saldaña y su inseparable Tábano terminaron en presencia del duque de Alba una mañana de la primavera de 1572. Quizá fue por la insistencia del maestro del tercio en proporcionarle dos inteligentes y valerosos guerreros. O también pudo deberse a un consejo directo de don Juan de Austria, de quien ya se decía que podía acabar en Flandes como gobernador después de su gran victoria en la batalla de Lepanto seis meses antes. En cualquier caso, Tábano y el señor de Guijosa recibieron instrucciones secretas y precisas para desplazarse a París. Allí contactarían con un grupo de católicos franceses que decían actuar en nombre de su rey.

A los pocos días de llegar a la capital francesa, el conde de Coligny recibió un disparo de arcabuz que le destrozó el brazo izquierdo. Aquel atentado sublevó a los hugonotes que malvivían en París. Tras congregarse frente a las puertas del palacio del Louvre, lanzaron soflamas amenazando con pasar por las armas al rey, a la reina madre y a todos los nobles católicos que alentaban la segregación de los hugonotes en la ciudad. Lejos de amilanarse, Carlos IX ordenó disolver a los alborotadores y

capturar a los cabecillas protestantes, unas indicaciones algo confusas que provocaron que los soldados hicieran de su capa un sayo y se extralimitaran al cumplir las órdenes del monarca a base de pólvora y acero. Rápidamente, la violencia se extendió a las calles. En pocas horas, las milicias urbanas asesinaron impunemente a cuanto protestante encontraron, lo cual no resultó complicado pues solían vestir de negro y se les identificaba con facilidad.

No tardó Pedro Saldaña en sumarse a aquellos católicos enloquecidos y manchar de sangre su espada. La turba estaba tan enardecida que Tábano ejecutó las órdenes que le daba el señor de Guijosa sin pestañear, matando a quien le pedía o a aquellos con los que se topaba. Para el joven, volvían a ser tiempos de guerra aunque el enemigo estuviese vencido y muchas veces desarmado. Durante los tres días que duró la matanza de hugonotes en París, el escolta arrebató vidas sin descanso hasta que los ánimos se serenaron. Pedro Saldaña trató entonces de trasladarse a otras ciudades como Ruan, Orleans o Burdeos, donde el exterminio de hugonotes había comenzado. Sin embargo, Tábano logró convencerle de que aquella era una guerra de religión entre franceses y, por mucho que al señor de Guijosa le gustara matar herejes, podría hacer lo mismo por su país y su rey regresando a Flandes y defendiendo el territorio de ataques orangistas. Aun así, le costó varios días conseguir que entrara en razón.